



Giuseppe Garibaldi o la impaciente libertad

Antonio de Senillosa

LA biografía de este francés —Niza fue la ciudad que lo vio nacer el 4 de julio de 1807—, es tan imprevisible como la que debió sufrir el pueblo que independizó. Hoy Italia es libre, pero la historia azarosa de Giuseppe Garibaldi continúa enriqueciéndose con nuevos datos, descubrimientos e interpretaciones.

Militante en 1833 en el grupo de la «Joven Italia» capitaneada por Giuseppe Mazzini, sentenciado a muerte como consecuencia de uno de los complotos de los jóvenes italianos, Garibaldi, con buen sentido, decide emigrar. Este exilio no sería el primero sino uno de los muchos que debió soportar en su aventurera vida, signada por el triunfo y la adversidad, por la gloria y la oscuridad, por el amor y la indiferencia. Una especie de judío errante siempre en busca de incógnitas e injusticias que resolver.

El destierro nunca pudo impedir que diera la

cara contra cualquier tiranía. En 1836 está a las órdenes del convulsionado Estado brasileño de Río Grande do Sul y, antes de que las heridas cicatricen, pasa a la República Oriental del Uruguay amenazada por una invasión de las tropas de Juan Manuel de Rozas provenientes de Buenos Aires.

En 1848, de regreso a Italia, acaudilla a un grupo de patriotas voluntarios dispuestos a batallar, en desigual pelea, con el ejército austríaco. En una campaña que ya ha entrado en la epopeya, Garibaldi tiene que retirar a su grupo, integrado también por su mujer, la adorada Anita, quien muere, como lo hacen los héroes, en silencio y sin excusas. Una intervención suicida en la defensa de Roma cercada por el ala francesa, no sirvió ni siquiera para que sus compatriotas le prodigaran una cuota de mínima estima. Acusado de ser «persona non grata» tiene que alejarse, una vez más, de la tierra en la que había dejado su sangre, Italia.



El rey Víctor Manuel II se encuentra con Garibaldi en Teano (1860). Cuadro de C. Ademollo.



Napoleón III (1808-1873). Fotografía por Nadar.

Hacia 1859 la andadura de Garibaldi se esfuma en la soledad de los ermitaños. Se esconde durante algún tiempo en Staten Island, Nueva York. Retorna a América del Sur en donde, con otros iluminados, rememora viejos sueños de libertad y, finalmente, al mando de un barco norteamericano, recorre la costa del Pacífico. Cansado del vaivén marino busca tierra firme, regresa a Italia y adquiere una granja en la isla de Caprera. En vez de soldados alinea cabras. Su mano no sostiene ahora espadas, sino que comprime quesos.

La calma del león es sólo aparente. Al inicio de 1859 vuelve a la lucha enarbolando el estandarte de Cerdeña contra Austria. En 1860 —el glorioso 6 de mayo— mete en un barco anclado en Génova a sus míticos 1.000 voluntarios uniformados con las famosas camisas rojas que han pasado a la historia como divisa de libertad. Cinco días después desembarca en Marsala, Sicilia y en 26 días se hace el amo de Palermo tras librar una batalla en desventaja, como siempre, que ha sido el pasmo de los manuales: Calatafini. La victoria hizo brotar el patriotismo a 18 mil voluntarios con los que expulsa a los napolitanos de la isla, pero convierten a Garibaldi en un aprendiz de dictador.

Pero el león todavía tiene agallas para seguir



Los tres artífices de la Unidad de Italia: el rey Victor Manuel, el conde Camilo Benso de Cavour y Garibaldi. (Milán, Museo del Risorgimento.)

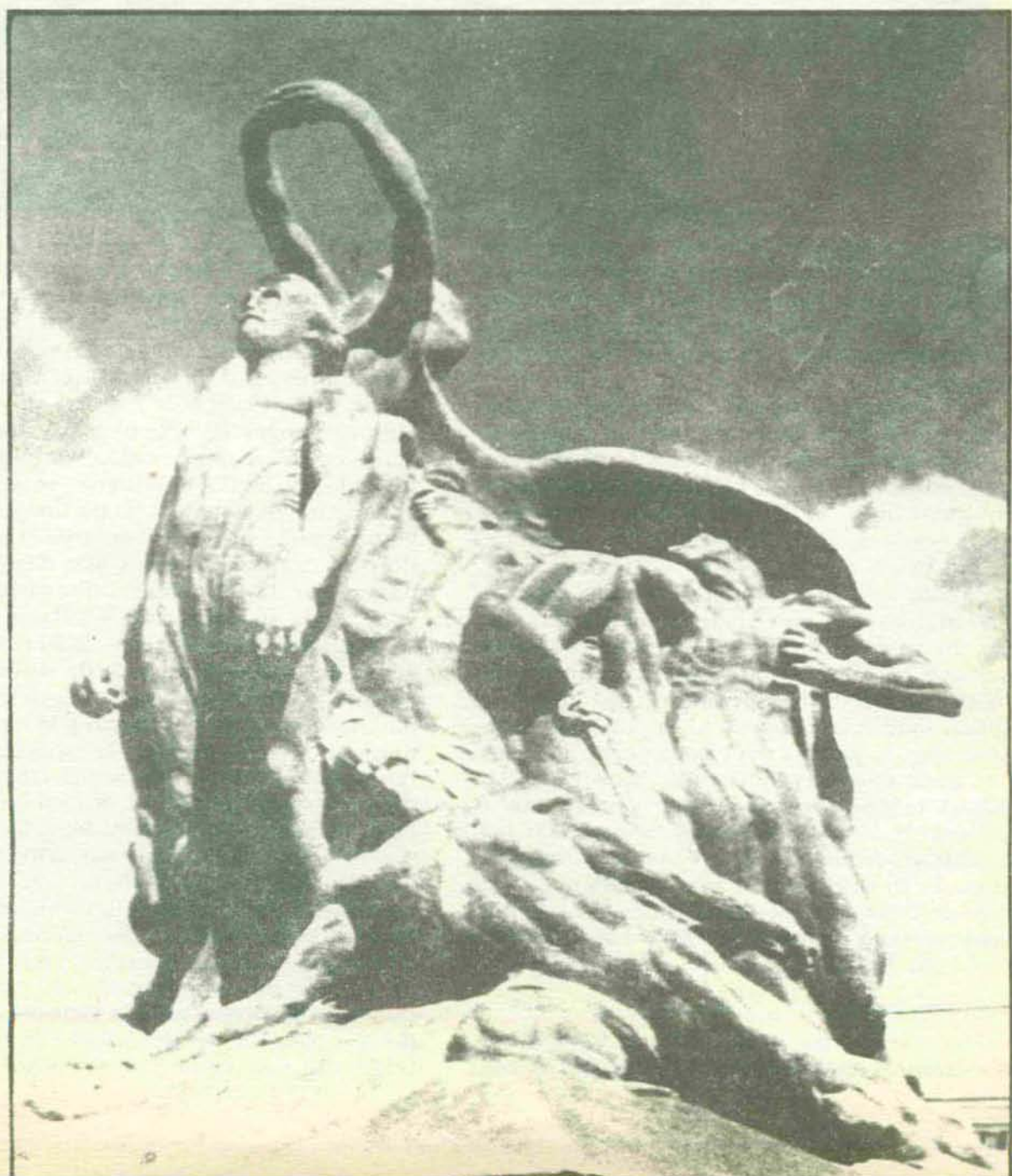
rugiendo. Entre el 9 y el 19 de agosto vence a las tropas del conde Camilo Benso Cavour y entra en Nápoles, pero el destino se tuerce y no puede enfrentarse a Víctor Manuel y a su ejército sardo. El 9 de noviembre abandona la dictadura, pero no la espada. Dos campañas más y luego, el sueño cumplido, la unificación.

El fervor ciudadano le llevó al Parlamento, pero allí la vehemencia y la integridad le jugaron una mala pasada. La envidia y el engaño —y también la impaciencia, todo hay que decirlo—, no estaban en la bitácora de Garibaldi. Quizás ese cansancio por la discusión, el ordenamiento legislativo de una incipiente democracia, le llevaron a defender la dictadura, una fórmula política difícilmente aceptable por quien había hecho de la libertad una bandera.

Existe una autobiografía en donde se pueden recorrer algunos tramos de su vida. Escribió también varias novelas, en donde se magnifi-

can insignificancias y se ignoran trascendencias, e incluso algunos poemas mediocres. Pero todo ello es insuficiente para descifrar y entender el papel auténtico de un francés de nacimiento e italiano de alma que quiso hacer más libre a Europa.

Derrotas, victorias, feudalismos, restauraciones, revoluciones, reyes, reyecitos y gobiernos provisionales no son un caldo de cultivo idóneo para la interpretación de los hechos. No es difícil comprender que entonces, ante una caótica situación, en cada italiano habitara la ilusión de un salvador. Pero hicieron falta dos generaciones para que esa esperanza se convirtiera en realidad con el desembarco de Giuseppe Garibaldi al frente de sus mil «camisas rojas», un plazo relativamente corto para conseguir la libertad. Lo malo es que otros redentores le toman gusto al puesto y luego se quedan en él hasta la muerte. ■ A. S.



Monumento a «Los Mil», en Quarto (Génova).